U55
L88B2

A
0 0 0 7 2 3 9 0 3
1
UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY

Baqueiro

Rasgo Biografico del General
Lopez de Llergo

of California
Regional
Facility

THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF CALIFORNIA
LOS ANGELES

RASGO BIOGRAFICO

DEL GENERAL

D. SEBASTIAN LOPEZ DE LLERGO

Y CALDERON

GENERAL EN JEFE
DE LAS TROPAS DE LA PENINSULA YUCATECA, EN LOS AÑOS
DE 1840, 1842 Y 1848,

POR EL

LIC. SERAPIO BAQUEIRO.

MERIDA
TIPOGRAFIA DE G. CANTO
1898

U55
L88B2

EL GENERAL

D. SEBASTIAN LOPEZ DE LLERGO Y CALDERON.

NADA más oportuno nos há parecido que escribir este pequeño rasgo biográfico del General D. Sebastián López de Llergo y Calderón, que tuvo el mando de las tropas de la Península en las épocas más memorables de nuestra historia; pero muy principalmente en 1848, así para darlo á conocer á la generación moderna, que no tiene motivo para estar impuesta de los hechos que en este día son el objeto de los más gratos recuerdos de la patria, como para obsequiar con él á los muy pocos subalternos suyos que le sobreviven. Los datos de que nos hemos servido para nuestro objeto, los hemos tomado en su mayor parte de nuestro Ensayo histórico sobre las revoluciones de Yucatán; pero con pormenores y detalles que con incansable anhelo hemos recogido en nuestros estudios, á fin de trasmitirlos á los tiempos venideros, y sirvan para mejor análisis y apreciación de los acontecimientos de que nos hemos ocupado, y en cuyo trabajo hemos gastado los días de

717747

nuestra existencia, llevados de una natural inclinación que no hemos podido resistir. Interesantes son los hechos de la vida del General Llergo, comprendidos en estas mal trazadas líneas, y en su lectura puede la juventud encontrar lecciones de patriotismo y honradez, que dén impulso á sus generosos sentimientos, lo cual si es así, como es de esperarse de las lecciones de la historia, con esto habremos visto nuestros esfuerzos, gratamente recompensados. El distinguido personaje á que aludimos, uno de los soldados que más han honrado los fastos militares de la Península Yucateca, era hijo de D. Agustín López de Llergo y de Da María Antonia Calderón, descendiente por este lado de D. Cristóbal Calderón de la Elguera, que tuvo en 1761, como Capitán á guerra del partido de Tihosuco, el mando de las tropas que combatieron á los sublevados de Quisteil. Nació en la Ciudad de Campeche el 22 de Enero de 1790, y sentó plaza de cadete en el batallón de Castilla, fijo de aquella ciudad, el 13 de Enero de 1806: al año siguiente fué destinado al batallón de milicianos disciplinados de la misma plaza, en donde continuó prestando sus servicios hasta 1811, época en que deseando abrirse paso en los campos de batalla, obtuvo una colocación en el batallón fijo de México á donde se dirigió. El teatro no podía ser más á propósito para el desarrollo de sus elevadas aspiraciones. La guerra de insurrección le presentaba un campo vasto, y aunque sus servicios hubieran respirado gloria nacional, prestándolos en las filas de los insurgentes, como en esto se guiaba de los sentimientos de lealtad que consideraba inherentes á su carrera, creyó cumplir con su deber, aceptando con todas sus consecuencias el puesto que ocupaba en el ejército realista.

Era entonces por ese tiempo, cuando el gran cura Mo-

relos, fortificado con algunos elementos en Ysucar, desafiaba el poder colosal de sus enemigos, confiado en la justicia y santidad de la causa que defendía. El brigadier español Porlier lo ataca; se suceden repetidas veces los combates sangrientos; pero al fin las tropas realistas se retiran sin haber conseguido su objeto. Llergo estuvo en esta campaña peligrosa, especificada en su hoja de servicios como uno de los hechos más distinguidos de la guerra de insurrección.

Despues de este memorable acontecimiento, el indomable Cura de Carácuaro, el mismo Cura Morelos, que había venido de triunfo en triunfo desde Acapulco, marcha rápidamente sobre la Capital del vireynato, situándose para el efecto con cosa de tres mil hombres en Cuautla. Allí acudió á sitiarlo Calleja, el terrible fusilador de los insurgentes, en donde reforzado con nuevas tropas que le fueron llevadas por el brigadier Llano, hubo diariamente, por espacio de sesenta y cinco días, acciones reñidas y sangrientas en que brilló por una y otra parte el valor. El cura Morelos salió al fin en dispersión, perseguido por sus contrarios, aunque según la fama pública el sitio de Cuautla fué lo que más renombre le dió en sus hazañas militares. Llergo estuvo tambien en esta célebre campaña, habiendo corrido los mismos peligros que los demás.

Estuvo igualmente en la defensa de la ciudad de Valladolid, hoy Morelia, habiendo presenciado según se deduce de sus documentos, el fusilamiento del bravo Cura Matamoros, hecho prisionero en Puruarán. Esta vez sirvió á las órdenes de los brigadieres Iturbide y Llano, obteniendo del primero, lo mismo que de Calleja, una certificación honrosa por sus servicios y su valor en los combates. Bien sabido es que en esta ocasión, lejos de conseguir

su objeto el Cura Morelos de establecer en Valladolid el Gobierno independiente como quería, tuvo que huir casi solo por las sierras y barrancas hasta que consiguió llegar á Acapulco.

Además de todas esas campañas, las más significativas por cierto, en la historia de la guerra de la independencia nacional, estuvo el General Llergo, desde la clase de Subteniente hasta la de Capitán, en el sitio, ataque y ocupación del cerro de Moyotepec; en el de la ciudad de Lerma; en el del pueblo de Tenango, y en el del Real de minas de Sultepec.

En 1819 se retiró bastante enfermo para su ciudad natal, despues de haber obtenido tres condecoraciones y su despacho de Capitán. En 1821, se adhirió expontáneamente á la revolución que había estallado en Iguala, cuya conducta le fué premiada con la medalla de la segunda época de la independencia. Sus otros servicios hasta la edad de 65 años en que bajó al sepulcro, fueron todos en Yucatán.

La primera vez que de una manera ostensible figura su nombre en la historia de nuestras guerras civiles, es en 1832. Verificada una revolución en Veracruz por el General Santa Ana, contra la administración del presidente Bustamante, que se había hechado encima la odiosidad pública por el cobarde asesinato del General Guerrero; triunfante esta, despues del célebre combate del Gallinero, y de los tratados que tuvieron lugar en Zavaleta, el Teniente coronel D. Gerónimo López de Llergo, hermano del personaje de que nos venimos ocupando, secundó en Mérida dicha revolución, pidiendo el restablecimiento de las autoridades que dos años antes habían sido depuestas por el comandante general. Sin más resistencia contra este movimiento, que la que opuso en la villa y puerto de Sisal el

Capitan D. Eulogio Rosado, primero batiéndose por tierra contra una fuerza que de Campeche había llevado el Tenientecoronel D. Manuel Eusebio Molina, y despues por mar contra unas lanchas cañoneras que fueron á bloquear el puerto, al fin su triunfo fué seguro por haberse adherido á ella el esforzado hermano de D. Gerónimo, que con el general D. Francisco de Paula Toro se hallaba con tropas de Campeche en Hecelchakan. De este modo volvieron á sus puestos las autoridades proclamadas, y cesó la alarma que aquellos sucesos habían causado en el país. D. Sebastian López de Llergo fué ascendido á Tenientecoronel del batallón permanente de Jiménez, habiendo sido esto en rigurosa escala, pues antes, revalidados sus despachos desde Subteniente hasta Capitán, había obtenido el empleo efectivo de 1er ayudante con el grado de Tenientecoronel, y despues se le dió también el de Coronel, de manera que su puesto en el ejército vino á ser el de Tenientecoronel efectivo con el grado de Coronel.

En 1834, suscítase un grave disgusto entre el Vicegobernador del Estado D. Santiago Méndez y el comandante general Toro, acaso por haber llegado á traslucir aquel, que el último, de acuerdo con su hermano político el General Santa Ana, trabajaba reservadamente para llevar á cabo la revolución que despues estalló en Cuernavaca, proclamando *Religión*, *Fueros* y *Santa Ana*, y con este motivo el Vicegobernador, que de Campeche se había dirigido á Mérida, consiguió que las autoridades principales levantasen una acta desconociendo al comandante general. El Congreso, convocado á sesiones extraordinarias, dió tambien un decreto con fecha 1º de Junio, haciendo igual desconocimiento por hallarse en peligro las instituciones federales. Toro contestó este decreto

bloqueando el puerto de Sisal, y poniéndose al frente de las tropas disciplinadas, con las cuales avanzó hasta Hecelchakan. El tenientecoronel Llergo, objeto de estos pequeños rasgos biográficos, fué uno de los jefes principales y el mejor apoyo del comandante general. Era, podía decirse, el elemento más poderoso de la revolución.

Mérida y Campeche, que segun las circustancias optaban alternativamente por el centralismo ó la federación, segun les convenía, hallábanse en esa época en abierta contienda por el espíritu de localismo. Mérida, sosteniendo las libres instituciones; Campeche trabajando por el plan de Cuernavaca, que aunque no había estallado, sabían que indispensablemente tenía que estallar. Con este motivo las familias principales de las dos ciudades se hallaban divididas. La familia de los Escuderos apoyaba en Mérida la revolución, que tenía todo el carácter de clericomilitar. Ella sostenía para el obispado de Yucatán al Dr. D. José Mª Guerra, cura que había sido del Sagrario de la Catedral, mientras que anatematizaba por hereje al Dr. D. José Mª Meneses, Gobernador de la mitra en Cede vacante, por haber dado cumplimiento á varias leyes de reforma publicadas por Gómez Farías.

Al fin las hostilidades se rompieron. El 29 de Junio, unos y otros contendientes se batían en Hecelchakan, encabezadas las tropas de Merida por D. Felipe de Jesus Montero, aunque á decir verdad, no fué aquello una acción de guerra en que se hubiese derramado sangre con profusión. Muy al contrario, mientras que las fuerzas de Mérida, sin plan alguno, se batían por grupos dispersos, desde las paredes salientes de los edificios, en la plaza misma de Hecelchakan, el general Toro, rodeado de su Estado Mayor y de una gran parte de sus

tropas, hallábase situado en el Cementerio, á larga distancia de la plaza, esperando un momento para verificar su retirada á Campeche. El único jefe que había permanecido en el atrio de la Iglesia, en unión de un oficial llamado Arenal, haciendo fuego con una pieza de artillería, era el Teniente coronel Llergo, quien al fin consiguió dispersar á la fuerza de Mérida, que dejó por el tránsito su armamento. Pero lo más célebre fué, que si bien los agresores se retiraron en dispersión, tambien las fuerzas del comandante general se replegaron á Campeche.

Esto hirió el espíritu de localismo de los campechanos. La idea de haber sido derrotados los hijos de Campeche por los de Mérida, fué para todos los habitantes de la Ciudad un golpe fatal. Por esto es, que unida esta exasperación á la conducta de algunos clérigos que ansiaban y trabajaban por el triunfo del centralismo, adquirió la revolución más vigor. El paisanaje lanzaba gritos terribles contra Mérida y el Gobierno; algunos Curas los acompañaban para entusiasmarlos, y hasta canciones populares se compusieron para que sirviesen como de himno patriótico á los *soldados de la fé*.

Triunfante sin embargo el plan de Cuernavaca, ¿qué temor podían abrigar los revolucionarios? Ninguno por cierto, y por esa causa, luego que tuvieron noticia de aquel acontecimiento; organizados cerca de mil quinientos hombres que se dividieron en tres secciones, inclusa en esta fuerza, como trescientos hombres del Oriente, que de Tizimín y Espita había llevado á Campeche el Coronel D. Roberto Ildefonso Rivas, salió el Teniente coronel Llergo, único hombre de acción con que se contaba, para situarse con la división en Hecelchakan. Las tropas de Mérida, despues de la derrota que sufrieron, habíanse acantonado en Calkiní. D. Felipe de Jesus Montero, á quien

como dijimos se había dado el mando de ellas, á pesar de sospechar de su conducta el Gobierno, porque una noche antes de su salida habíase presentado maliciosamente en la Ciudadela con un grupo de fuerza armada; de tal manera que hubo necesidad de prohibírsele la entrada, había sido sustituído en su encargo, acaso por acusarlo la fama pública como desleal, por el Coronel D. Eduardo Vadillo, hombre valiente que se cubrió de gloria en la defensa de Calkiní.

Atacado el 24 de Julio por tropas superiores en número á las que él tenía, pues que solo contaba con escasos trescientos hombres, supo defenderse hasta lo último, negándose á entregar su espada, con todo y que se hallaba herido. Las tropas de Mérida se retiraron lamentando la desgracia de treinta ó cuarenta muertos, y la de un número considerable de heridos.

La revolución despues de esto, no tuvo ya otro inconveniente que vencer. Cuatrocientos hombres que á las órdenes del primer ayudante D. Francisco Peraza habían ido en auxilio de Vadillo, no tan pronto supieron, á su llegada á Becal, lo que ocurría, cuando emprendieron su regreso, poniendo en consternación á Mérida que por vez primera sentía las impresiones de la guerra. La campana mayor de la Catedral dió el toque de rebato; las familias salieron despavoridas, el gobernador Cosgaya, algunas autoridades subalternas, las tropas que habían sido derrotadas, y otras que estaban reunidas en la Ciudadela, partieron inmediatamente para Izamal, llevándose entre filas al venerable Fray Estanislao Carrillo, á quien de antemano habían mandado preso desde Calkiní por sospechoso.

A los pocos días, el Tenientecoronel Llergo, que lo había hecho todo, se apoderaba de la ciudad, consiguien-

do de este modo un completo triunfo. Las tropas que se habían dirigido á Izamal, se dispersaron, y el centralismo quedó reconocido.

El General Toro, luego que tuvo noticia de la ocupación de la Capital, se dirigió á ella rodeado de un gran acompañamiento en que se distinguían algunos Curas que ostentaban banderolas encarnadas en sus carruajes, en las cuales se veían escritas las palabras de: "viva Santa Ana, viva la religión." Una vez hecho esto, se dió cumplimiento á una acta levantada en Campeche con fecha 5 de Julio, declarando ilegales á todas las autoridades que fungían. Se llamó en seguida á los diputados de 1832, y estos nombraron gobernador interino á Toro.

D. Juan de Dios Cosgaya y D. Santiago Méndez fueron desterrados á México. El Dr. D. José María Meneses fué vivamente perseguido. D. Basilio Argaiz, D. Pedro Celestino Pérez, D. Felipe de la Cámara Valdez y otros varios, corrieron la misma suerte. El desgraciado Vadillo, despues de haber sido puesto en espectación pública en el muelle de Campeche, á pesar de sus padecimientos, fué embarcado para Veracruz.

En los cuerpos activos y permanentes fueron alistados varios jóvenes que pertenecían á las familias del partido contrario, y por último, como era de esperarse, el Obispo Guerra fué consagrado en México el 25 de Julio de 1834.

Además, reunido en la capital de la República un Congreso que se llamó constitucional, dió de mano con la constitución de 1824, y acabó con la soberanía de los Estados que vinieron á llamarse Departamentos.

En cuanto al Teniente coronel Llergo, cuyo mérito no fué seguramente el haber figurado en la revolución, cualesquiera que fuesen los principios políticos que aquella hu-

biese proclamado, porque al fin era eso un trastorno en que por vez primera entraba como elemento principal, el espíritu de localismo entre Mérida y Campeche, es por lo menos digno de llamar la atención el que su nombre no esté ligado á ningún recuerdo de persecución ó de injusticia, lo cual no es poco si se atiende el espíritu de venganza que entonces tuvo lugar, y la oportunidad con que él pudo disponer de los destinos del país. No parece, sino que lo único que hizo, fué ser consecuente á la comunidad ó carrera á que pertenecía. Militar en servicio, y desconocido el comandante general, no le fué difícil conocer cuál era su deber.

Pero ¿qué significa contra él, la revolución de 1834, cuando pesan más en la balanza del honor los triunfos de su espada vencedora en favor de Yucatán?

Soldado distinguido desde la clase de cadete; amante de la gloria, y con ideas las más puras y elevadas en su carrera, Llergo fué pundonoroso hasta no más. Su único caudal fué su sueldo. Su único anhelo, servir á la patria con lealtad. Elevado al Gobierno del Estado, despues del triunfo del plan de Cuernavaca, por haber sido declarado ilegal el nombramiento del General Toro, y por haber renunciado su encargo el Vicegobernador; un día, al serle entregada una suma de pesos, destinada á gastos secretos, según se le manifestó: "Todos mis actos serán públicos, dijo, y no quiso recibir aquel dinero."

Despues de la revolución de 34, no vuelve ya á registrarse su nombre en los anales de las revoluciones de Yucatán. Figura sí, en la revolución de 1840 ¡pero qué diferencia entre ese movimiento general, espontáneo y verdaderamente del pueblo, en favor de sus intereses ultrajados, á las criminales y vulgares revueltas, promovidas por dos ó tres ambiciosos para escalar el mando!

No es aquí el caso de referir, y mucho menos de anali-

zar las causas que dieron lugar á la revolución de 1840; otras veces nos hemos ocupado de ellas, y si ahora no podemos excusarnos de mencionar tan memorable acontecimiento, es únicamente porque de él se desprenden los servicios militares más importantes que el General Llergo prestó al Estado, con perjuicio de su carrera, como que no volvió á figurar su nombre en el escalafón del ejército, hasta los años de 1852 á 1854, en que primero le fué dado el grado de General, en la inteligencia de que era Coronel; después fué hecho Coronel efectivo, y luego General de brigada.

Nada en la vida puede ejercerse sin estudio; todos los conocimientos que constituyen una carrera ó profesión, es necesario adquirirlos, y de ahí el natural descontento y las dificultades consiguientes que pulsa el que puesto al frente de una situación, no cuenta con hombres educados en la materia de quienes pueda hacerse entender en los casos necesarios. De ahí el natural disgusto cuando son asociados á hombres de profesión los que no conocen la carrera. De ahí, y con doble motivo, las fundadas quejas de un jefe militar á quién para la defensa de la sociedad no le dan sino hombres que apenas conocen los útiles de labranza, ó las herramientas de sus talleres. Desdichado pueblo aquel que no cuenta para su defensa con soldados adiestrados en el manejo de las armas. Por eso es que en todas las Naciones del mundo han sido buscados maestros que eduquen á los habitantes en este dificil ejercicio. Para eso han sido formadas las ordenanzas militares, códigos sapientísimos en que admira el conocimiento del corazón humano, y la inteligencia con que ha sido consultada la unidad de acción; el completo sometimiento desde el soldado raso hasta les Jefes de alta graduación, y el cuidado con que se ha procurado inculcar el

amor á la carrera, haciendo ver el honor de los que á ella pertenecen.

Estas reflexiones nos han venido al pensamiento, cuando hemos traído á la memoria los grandes acontecimientos en que figuró el General Llergo como General en Jefe de las tropas Yucatecas, las cuales entónces comprendían toda la península. Una hora hay en la vida de los pueblos, en que elementos de destrucción que parecen dormidos, despiertan á los golpes de una revolución como la de 1840 de que hemos hecho referencia, y entonces es de verse cómo surjen en todas partes, gentes de todas condiciones, unas que encuentran ocasión de salvarse de las manos de la justicia, otras que sueñan con sueldos y destinos, y otras en fin, para aprovechar la oportunidad de vivir entregados á sus vicios en medio de la febril agitación que de todos en esos momentos se apodera. En tan solemnes momentos de esa época memorable de nuestra historia, uno de los principales personajes de la revolución, D. Santiago Méndez, conocedor de los hombres, se fijó en el General Llergo, quien obsequiando sus deseos, salió una noche de Campeche, y dirigiéndose á las poblaciones del camino real, se puso á la cabeza de las Compañias activas de Tenabo y Hecelchakan, marchó con ellas á Mérida, á cuyo punto llegó cuando la revolución se hallaba vencedora desde Valladolid hasta la misma Capital.

Desde luego comprendió que había una línea divisoria entre él y los caudillos de la revolución, que sobre ser tres de los principales, dos de ellos, desertores, y el uno contrabandista perseguido por un asesinato que había cometido en la bahía de la Ascención, había también la circunstancia de que las huestes que encabezaban eran verdaderas chusmas, compuestas en su mayor parte de indios que hormigueaban en las calles y en las plazas, con

ardiente desesperación de que les fueran cumplidas las promesas que sobre restitución de tierras y abolición de derechos parroquiales, y de la contribución personal les habían sido hechas. ¿Qué hacer en tan difíciles circunstancias, cuando el Estado, ávido de progreso y de roforma, emprendia el sostenimiento de la federación, con todas sus prerrogativas, hasta el extremo de constituirse independiente, mientras el centro ó sea el Gobierno supremo de la Nación, no reconociese á los yucatecos sus derechos? ¿Cómo luchar con éxito favorable contra elementos superiores que el mismo Gobierno general podía oponerles? ¿Podían esas chusmas y sus improvisados jefes desafiar el poder de soldados disciplinados del ejército, mandados por jefes igualmente educados en la carrera? Por unánime que fuese la revolución, por noble el espíritu público que animaba á los yucatecos, que á decir verdad, ambas cosas eran un hecho, esto vino á ser para los hombres pensadores que tenían la dirección de los acontecimientos, una cuestión de suyo delicada que tuvieron la cordura de tratar como debían, lo cual á no dudar los recomienda como á hombres de buen criterio.

Ellos, es decir, D. Juan de Dios Cosgaya, D. Santiago Méndez y D. Miguel Barbachano, colmaron de honores al Capitán del tercero activo D. Santiago Imán, que había sido el caudillo principal de la revolución, el primero que dió el grito en el Oriente, y para el efecto lo hizo General de brigada el Congreso del Estado, porque es de advertir que los Poderes públicos, al reasumir Yucatán su independencia y soberanía, funcionaban con las mismas facultades que los altos Poderes de la Nación. Y no solo hicieron á Imán General de brigada, sino que en los periódicos lo ensalzaban, en los lugares públicos lo recibían con aplausos; y en las grandes concurrencias le dedi-

caban brindis entusiastas; pero cuando se trató de llevar la campaña á Compeche, plaza no solo inexpugnable, sino defendida por fuerzas pertenecientes á Cuerpos activos y permanentes á las órdenes del Comandante general Rivas Zayas, entonces, á quién pusieron á la cabeza de las tropas regularmente disciplinadas, fué al General Llergo que como hemos visto antes, solo era graduado Coronel. Con ellas, á la vez que varias embarcaciones armadas en guerra, salían del puerto de Sisal, llevando una fuerza de desembarco á las órdenes del Teniente coronel D. Eulogio Rosado, emprendió su marcha y fué á situarse en el pueblo de Tenabo, procurando en sus operaciones toda la prudencia, digna de un hombre que conoce la carrera, y los elementos poderosos que tenía la misión de combatir. El mismo General Rivas Zayas le salió al encuentro con una fuerza respetable, y estableció su campo en la hacienda Santa Rosa, á muy corta distancia de Tenabo; pero sinembargo, no fué á batirlo, al menos de una manera formal, hasta no inspirar á sus tropas toda la confianza posible. Se limitó á simples escaramuzas sobre las avanzadas enemigas, y solo en una de ellas, en que unas y otras se enardecieron, hubo desgracias por ambas partes, habiendo sido víctima por parte de las fuerzas de Tenabo, el valiente jóven oficial Máximo Pinzón, cuya muerte fué vivamente sentida de todos.

Después de este hecho se retiró el General Rivas Zayas á Campeche, en donde contaba con los mayores elementos de defensa, y en donde se sostuvo durante más de dos meses, sinembargo de que los campechanos, decididos de una manera ardorosa por la revolución, facilitaron de todos modos la rendición de la plaza. Las operaciones militares del general Llergo, para llegar al objeto deseado, fueron por demás calculadas y prudentes. No

daba un paso sino cuando ya lo había pensado detenidamente, y con todas las seguridades de obtener un resultado favorable. Unido á él Imán; pero siempre conservando el mando principal, ambos ocuparon la hacienda Rioverde, y luego, haciendo que la fuerza de desembarco del Tenientecoronel Rosado, ocupara á Lerma, bajó él al barrio de Santa Lucía, y tuvo lugar en el puente de San Francisco un reñido combate entre las tropas de la plaza y las fuerzas sitiadoras, en el cual fueron rechazadas aquellas, debido al valor del jóven oficial D. Miguel Bolio que tenía el mando del punto combatido. Al fin el cuartel general quedó establecido en Santa Ana; Imán bajó con sus tropas á Santa Lucía; los fuertes que quedaron fuera de los muros se rindieron, y asediada la plaza por mar y tierra, se sometió después de los mas crueles sufrimientos, mediante una capitulación honrosa. Las fuerzas vencedoras en consecuencia, tomaron posesión del recinto amurallado, en unión del Gobernador Cosgaya, y del Vicegobernador D. Santiago Méndez, que habían juzgado necesaria su presencia en la ciudad, para dar el mayor impulso á la campaña. Al General Imán se le hizo una solemne resepción en el muelle.

El General Llergo, en premió de sus servicios fué ascendido á Coronel efectivo después de esta campaña, y además se le dió el mando del batallón ligero, de nueva creación, Cuerpo distinguido, cuya formación se juzgó de primera necesidad, como que el Estado tenía que prepararse á más esforzada defensa, si los acontecimientos venideros respecto del Gobierno de la Unión, no le eran favorables. No le fueron favorables por desgracia; deshechados por el General Santa Ana, unos tratados celebrados en 28 de de Diciembre de 1841, en Octubre del año siguiente, el General de brigada D. Vicente Miñon que se había

posesionado de la isla del Carmen, con una fuerza de cuatro mil hombres, doce cañones, dos buques de vapor, y dos de vela, ocupaba las inmediaciones de Campeche, viniendo de Seibaplaya y Champotón, con dirección á Lerma; y cuando los hechos llegaron á su más completo desarrollo, puede decirse que si no es el general Llergo, que como soldado de profesión, entre una inmensa turba de soldados bisoños, procuraba escoger lo ménos desordenado, y establecía cuanto le era posible, un nucleo de fuerza, á la cual educaba con ejercicios militares, quién sabe que hubiera sido de Yucatan y de sus derechos. Estas fuerzas escogidas se componían del batallón diez y seis de Campeche, y primero local de Mérida, en cuyos cuerpos figuraban valientes oficiales que más adelante vinieron á ser jefes distinguidos.

Al principio de la campaña de 1842, modesto y sometido á sus superiores el General Llergo, no tenía el mando principal de las tropas reunidas en Campeche; tenía solo el mando de una sección, porque siempre observando una conducta prudente los que tenían la dirección de los acontecimientos, este puesto de honor se lo confirieron al General Lemus, federalista perseguido que en unión de otros personajes se había refugiado en Yucatán, teniendo presente su caracter efectivo de General de brigada, y sus conocimientos en la carrera, que individualmente los tenía; pero este hombre ingrato, vendido á los centralistas, traicionó la causa que le había sido confiada, y destituido por este motivo, le fué dado este encargo al que en ningún caso podía comprometer la suerte del Estado, es decir, al mismo General Llergo, que desde luego entró al ejercicio de sus funciones. La traición de Lemus, justificada con documentos irrefragables que pueden verse en nuestro Ensayo histórico, consistió en

haber mandado desocupar todas las alturas y demás puestos ventajosos desde Lerma hasta la plaza de San Roman, y cuando el enemigo los había ocupado, y arrojaba mortíferos proyectiles sobre la plaza, entonces dispuso que las tropas yucatecas fueran á asaltar uno de dichos puestos, denominado la Eminencia, porque es la parte más encumbrada de las colinas que graciosamente sircundan á Campeche desde San Francisco, y que domina de una manera ventajosa á San Roman y la parte amurallada. Solemne mañana fué en Campeche la del veinte de Noviembre de 1842 cuando este hecho de armas debía tener lugar. En la bahía cruzaban los buques de guerra, flameando sus banderolas encarnadas; en los muros y baluartes se veían numerosas tropas; en los cuarteles se hacían preparativos guerreros: solo en las calles y plazas de la ciudad reinaba un silencio profundo. Los indios del partido de Tihosuco, acaudillados por el Teniente-coronel Vito Pacheco, ocupaban unas arquerías frente á la puerta de Guadalupe; los de Valladolid se hallaban en la iglesia de San Francisquito á las órdenes del Coronel Pastor Gamboa, de cuyo puesto salío éste como á las ocho de la mañana, y recorrió las calles principales montado en un caballo blanco, sin camisa, con los calzoncillos arrollados, armado de machete, y cubierto el sombrero con cintas de diferentes colores, que le daban el aspecto de un salvaje guerrero. Gamboa y Pacheco, eran los que como hemos dicho, habían sido ascendidos á jefes, el uno siendo desertor del tercero activo, y el otro, contrabandista perseguido porque había cometido un asesinato.

El General Llergo, con el mando inmediato de su sección y el de las otras que concurrieron al combate de la Eminencia, se portó de una manera digna ocupando los puestos de mayor peligro, y retirándose después, no por-

que habían sufrido derrota alguna las tropas yucatecas, sino por disposición del General en jefe que dos ó tres veces las había hecho subir y bajar de la altura combatida, en cuyas operaciones sufrieron una pérdida como de cien hombres que quedaron fuera de combate. En cuanto á lo demás, relativo á los hechos del General Llergo, en el ejercicio del mando principal de las tropas, lo que marcadamente se veìa en sus actos, era que cuidaba y educaba á la guardia nacional, mientras un acontecimiento de trascendencia no venía á ponerle en una situación delicada; pero cuando esto sucedía, entonces daba á sus operaciones la mayor fuerza y energía posibles. Mientras el ejército enemigo permanecía en sus puestos de Lerma y la Eminencia, arrojando bombas y granadas sobre la plaza, las fuerzas de su mando tampoco se movían. Las limitaba á simples escaramuzas, para conservar la moralidad del soldado, y ademas procuraba que se adiestrasen en el manejo de las armas.

Pero cuando el General en Jefe de las fuerzas invasoras mandó á ocupar el pueblo de Chiná, distante dos leguas al Este Campeche, poniendo en incomunicación á los campamentos de San Francisco y de Santa Ana, con los lugares de donde se proveían de recursos, desde luego hizo salir una fuerza exploradora á las órdenes de los valientes oficiales D. José María Vergara y D. José Dolores Baledon, quienes avanzando hasta la hacienda Multunchac se encontraron con el enemigo, con quien tuvieron un vivo tiroteo, y se retiraron como á la entrada de la noche con una pérdida de cuatro muertos y seis heridos. Después, manifestando su resolución de deshacerse á costa de cualquier sacrificio, de aquel amago, organizó una sección como de ochocientos hombres, la cual puesta á las órdenes del Coronel D. Manuel Oliver, y emprendiendo su mar-

cha á media noche, al rayar el alba rompió sus fuegos sobre uno de los atrincheramientos principales, el cual á viva fuerza ocupó á la bayoneta; pero después, fuerza educada la que se hallaba en la plaza, salió al encuentro de las tropas invasoras, con la mayor serenidad, con marcial continente, encabezada por su General Andrade, y se empeñó un verdadero combate en que ni los unos ni los otros quedaron vencedores, pues las fuerzas del Coronel Oliver se retiraron con una pérdida de ciento cuarenta y cuatro hombres entre muertos y heridos, y las de los expedicionarios que perdieron á su General Andrade, se replegaron á la Eminencia, también con bajas considerables.

La misma conducta observó el digno General de que nos venimos ocupando, cuando las tropas enemigas, instigados sus jefes por los centralistas de Mérida, se desprendieron de su cuartel general á las órdenes del General Peña y Barragán que había sustituído en el mando del ejército al General Miñón, y vinieron por mar hasta la vigía de Telchac, con el objeto de apoderarse de la capital de la península. Hombre previsor, como lo era, ya veía venir este acontecimiento, y por eso es que con anticipación habia organizado una fuerza compuesta de los batallones Ligero, Diez y seis, y 1º local de Mérida, con tres piezas de á cuatro, de manera que no tan pronto recibió aviso de que las embarcaciones menores del enemigo pegaban á sus buques de guerra, y verificaban un trasborde de fuerzas, cuando formada la Columna de viaje en su cuartel general de San Francisco, y dadas las voces de mando por uno de los jefes, emprendió su marcha con dirección á Mérida, á donde llegó, aprovechando la oportunidad que le presentaba una tempestad que había estallado desde su salida, cuando todavía el General Peña y

Barragan se hallaba en Celestún á una corta distancia de Sisal, en donde había buscado abrigo, y hacía preparativos con las mayores dificultades para continuar su marcha. Bien conocida es en nuestra historia peninsular la grave sensación y la viva alarma que estos acontecimientos ocasionaron en la Capital del Estado; conocidos son los servicios que el Gobernador D. Miguel Barbachano prestó en esa época memorable; y conocidos son tambien los del General D. Sebastian López de Llergo, los cuales comparados con los de aquel personaje, nos hacen dudar cuáles fueron de mayor mérito, porque es el caso que el Jefe distinguido de que nos ocupamos, dió lugar con su inteligencia, con su pericia, á las maquinaciones con que fué envuelto y confundido de una manera lastimosa el General Peña y Barragán.

Desde luego juzgó conveniente el General en jefe yucateco ocupar la villa de Motul, y á ella se dirigió reforzadas sus tropas con una sección á las órdenes del Coronel D. Eduardo Vadillo, con el objeto de estar á una vista del enemigo que había llegado á Telchac; pero viendo que éste se había dirigido al pueblo de Demul, desde cuyo punto, tomando la dirección de Conkal, podía dar un golpe de sorpresa, marchando á la Capital, suspendió su campamento de Motul y lo estableció en Conkal, permaneciendo siempre á la espectativa; pero una noche, cuando el eco de las cajas y cornetas extremecía todavía las bóvedas del hermoso templo de aquella población, con el toque de retreta, unos jefes que vinieron apresurados de la Comandancia, hicieron que toda la fuerza tomara las armas, los oficiales embridaron y montaron sus caballos, y replegándose las avanzadas á la plaza, tomaron todos la dirección del pueblo de Nolo, en medio de las tinieblas de la noche. Era que el General Peña y Barragán había ocu-

pado á Motul, y poniendo una fuerza de ochocientos hombres á las órdenes del Teniente coronel D. Francisco Pérez, ocupó este Jefe á Tixkokob.

El General Llergo comprendió en el acto que se trataba de un movimiento decisivo sobre la Capital, y no teniendo confianza en el éxito de la defensa que se hiciese de la ciudad, se propuso por lo menos detener las operaciones del enemigo, para dar tiempo á mejores preparativos, y por eso es que resolvió batirlo, cualesquiera que fuesen las dificultades é inconvenientes para conseguir su objeto. Conocía que era una situación difícil la del Gobierno del Estado; veía que era necesario ponerse á la altura de las circunstancias, y fué inflexible en su determinación, por más que de Mérida, en donde reinaba la más viva alarma, lo llamaban con instancia. Lejos de hacer esto, habiendo llegado á Nolo á las once de la noche, al rayar el alba del siguiente día, sus columnas de ataque rompieron sus fuegos sobre las posiciones enemigas. Una de ellas, encabezada por el valiente Capitán D. Miguel Bolio, el mismo que había llevado la vanguardia en el combate de Chiná, y que desviando el trayecto de Nolo á Tixkokob, para salir al camino de Mérida, había llegado hasta media plaza, fué vivamente combatida y rechazada, obligándola á refugiarse hasta á una ó dos cuadras á retaguardia, en donde ocupó posiciones en las cercas ó albarradas de los solares, y se estuvo batiendo todo el día, hasta que recibió orden de retirarse. Otra que llevaba el mismo General Llergo en el camino recto de Nolo á Tixkokob, fué recibida con el tupido fuego de fusilería de una columna, tan bien ordenada y resuelta, que avanzando sobre la fuerza yucateca, casi puso en dispersión á la vanguardia, la cual quedó restablecida, gracias á la presencia de ánimo del mismo General Llergo, que en aquellos solemnes momen-

tos dijo al oficial de artillería estas valientes palabras: ¡Esa artillería, adentro! y ésta, arrojando bala rasa y metralla, se abrió paso entre las filas enemigas. Tambien había una sección que puesta á las órdenes del 1er. ayudante D. Francisco Oviedo, debía presentarse en la parte oriental de la población, y unir sus esfuerzos á las demás; pero desgraciadamente se extravió, y no pudo cumplir con la parte de operaciones que le tocaba.

Todo el día ambas tropas se estuvieron batiendo, hasta que á las cinco de la tarde, habiendo conseguido su objeto el General Llergo, se retiró al pueblo de Nolo en donde hizo que recibieran la primera curación 62 heridos, y que fueran enterrados doce muertos; y despues de esto, y de tomar sus fatigadas tropas un rancho que con anticipación había mandado á preparar, emprendió su marcha para la Capital, la cual puso en el mejor estado de defensa; pero bien sabido es que el General Peña y Barragán, cuando ya estaba á una vista de la ciudad, y contemplaba las torres y campanarios de sus templos, tuvo la debilidad de dirigir una carta á uno de los amigos de la causa, pidiéndole informe de los elementos con que contaba el Gobierno para su defensa, y habiendo caido esta correspondencia en manos del Gobernador Barbachano, este mismo hizo una contestación á su agrado, cual convenía á los intereses del Estado, y esto dió lugar á que el amedrentado General, en vez de organizar sus columnas de ataque, y lanzarlas sobre las posiciones de la plaza, enviase á sus parlamentarios al General Llergo, quien acabó de darle el golpe de gracia con un hecho en que se dió á conocer como verdadero soldado, pues que habiendo contestado á los enviados, que el honor de las armas que el Gobierno yucateco le había confiado, no le permitía entrar en relaciones con un enemigo á quien tenía á la vista de

su campamento, y que para esto era necesario que se retirase, así lo hizo el desgraciado General, retirándose al pueblo de Tixpeual, cuando estaba ya rodeado por inmensas turbas de indios á las órdenes de sus jefes Gamboa, Reville y Pacheco, y con esto tuvo un término feliz la campaña, pues el General Ampudia que había llegado á Campeche á encargarse del mando de las fuerzas expedicionarias, habiendo sabido este acontecimiento, y entrando en relaciones con él D. Santiago Méndez, facilitó al General Peña y Barragán, los trasportes necesarios para el embarque de las tropas que habían capitulado, no solo en Tixpeual sino en otros lugares, y tambien él, arreglando con el Gobierno de Yucatán, que fuesen enviados Comisionados al Gobierno general para terminar las diferencias que habían dado lugar á la guerra, se embarcó con el resto de las fuerzas y se dirigió con ellas al Estado de Tabasco.

El General Llergo, que hasta entónces solo era Coronel, fué ascendido á General de brigada por el Gobierno, con aprobación del Senado, y una vez que con motivo de los acontecimientos dejó el mando de las tropas, pasó á ocupar un puesto en el Excmo. Consejo como entonces se decía. Pero desde esta época hasta 1848, no volvió á tomar parte en los asuntos públicos; ejerció el alto destino de Inspector de la G. N., y se apartó de toda cuestión en que estuviese de por medio el Gobierno de la Union; vió con el mayor desagrado los sucesos de 1845, en que Yucatán, con motivo de haber sido violados los tratados de 14 de Diciembre, volvió á reasumir su independencia y soberanía, y si entonces no salió del Estado para dirigirse á la Capital de la Nación, fué por su edad y sus dolencias, pues el General Paredes y Arrillaga, compañero y amigo suyo, que había llegado á la presidencia de la República, lo llamaba con insistencia, ofreciéndole el reconocimien-

to de su empleo de General de brigada, y la Comandancia general de México, ó sea del Disrito Federal. Al fin, el disgusto del Generel Llergo, subió de punto, cuando vió que uno de los partidos políticos que con el mayor delirio se disputaban la dirección del Estado, proclamó en su ciudad nativa la neutralidad de la península en la injusta guerra que los Estados Unidos hacían á la República, con motivo de la anexación de Tejas, y del mayor ensanche de territorio que se propusieron dar á este hecho inicuo y atentario. Esto lo tuvo retraido de Don Santiago Méndez y de la administración, hasta el mes de Marzo de 1848, en que habiendo llegado á su pleno desarrollo los sucesos de la sublevación indígena, el mismo Sr. Méndez lo llamó á hacerse cargo del mando de las armas; pero ¿podía en esos momentos solemnes de la vida de un pueblo, salvar la situación militar que era colocada sobre sus hombros? ¡Imposible! La sociedad yucateca verdaderamente se desplomaba. Las pasiones políticas la habían hundido, no solo dando lugar al levantamiento de los mayas contra la raza civilizada, sino aliándose con ellos uno de los bandos contendientes, creyéndolos auxiliares suyos. Hacian éstos con ellos algo parecido á lo que hicieron algunos emperadores romanos con los bárbaros del Norte; y así como los hunos y los vándalos asolaron los campos italianos, profanaron y destruyeron los grandes monumentos, y saquearon y se burlaron de la entonces metrópoli del mundo, así los mayas yucatecos, convirtieron en cenizas nuestras más florecientes poblaciones, y se burlaron de los que los habían creido sus partidarios.

Sin embargo de esto, el General Llergo se dirigió á la ciudad de Tekax, en donde se verificaban grandes acontecimientos, y se encontró con invencibles dificultades

que le impedian emprender operaciones sobre el enemigo. Allí estaba D. Miguel Barbachano, presidiendo una Comisión pacificadora que habia entrado en relaciones con Jacinto Pat, caudillo principal de los indios de Tihosuco y de toda la comarca de Peto, y aquel personaje, en unión del Cura de la parroquia de Tecoh D. José Canuto Vela, de otros sacerdotes, y de D. Felipe Rosado, ardiente barbachanista, que habia sido el que más había comprometido la suerte del país, impidiendo en aquellas regiones por todos los medios posibles que se hiciese la guerra á los indios á quienes creía partidarios de dicho Sr. Barbachano, daban los pasos para que se celebrasen tratados de paz, sin embargo de la imposibilidad de ruducirlos á la práctica. Tambien estaban reunidos en Tekax numerosas tropas; pero que no podian guardar armonia entre sí, porque unas, como las del Diez y seis de Campeche, eran del partido de D. Santiago Mendéz, y otras, como las del 1º Local de Mérida, pertenecian al de D. Miguel Barbachano. La ciudad estaba llena de los habitantes de las poblaciones y de los ranchos, y tambien de fuerzas de caballería y de infantería que de todas partes acudían. Las esperanzas estaban fijas en los tratados, y cada vez que se recibian cartas de los caudillos indios, halagando estas esperanzas, repicaban las campanas, se tocaba diana en los cuarteles, la Comisión eclésiastica celebraba funciones religiosas, y se comunicaba por extraordinario á Mérida. La cuestion política no cedia ante las aflicciones del Estado; barbachanistas y mendiztas se hacian una guerra decidida, y solo D. Santiago Méndez procuraba que terminase toda discordia, aun á costa de su nombre. En medio de todo esto, el General Llergo, todo lo que hizo fué replegar á las tropas á Oxkutzcab y á Ticul, para no comprometer al Cura Vela y á otros comisionados que habían

subido al pueblo de Tzucacab, con el objeto de tratar con Jacinto Pat, porque los indios sin respeto alguno á las formalidades del derecho público, habian bajado en grandes masas hasta la misma población, y provocaban á las tropas á un rompimiento de hostilidades.

Al fin todas las tropas se reunieron en Ticul, y fué por el siguiente motivo. Un día, cuando menos se pensaba, el centinela de una fuerza puesta en observación sobre la iglesia de Oxkutzcab, dió aviso de que hácia la dirección del pueblo de Maní, veía levantarse columnas de humo que demostraban un gran incendio. En el acto cundió la alarma en el campamiento, y se pusieron los medios de saber lo que ocurría, no habiéndose necesitado largo espacio de tiempo para llegar al conocimiento del hecho que aquel espectaculó anunciaba. Un momento despues, se presentó en la plaza el joven Pbro. D. Manuel Urruña, armado de fusil y de machete, y dijo que Maní había caido en manos del enemigo. Era que un soberbio caudillo, Cecilio Chí, el primero que había dado el grito de insurrección en el pueblo de Tepich, con el objeto de que no pudiesen tener lugar los tratados que el Cura Vela habia celebrado en Tzucacab, con los otros caudillos, poniéndose á la cabeza de una fuerza que le era la más adicta, y todos ellos decididos contra los blancos, como decian, cayó de sorpresa sobre la población, y más de trescientas personas quedaron macheteadas, una gran parte que se habia refugiado en el templo, y cuya sangre dejó inundado el pavimento, y manchados los altares. Los tratados, en consecuencia, quedaron sin lugar, y en consecuencia tambien, el General Llergo, despues de haber organizado cuanto le fué posible, la defensa de Ticul, verificó su regreso á Mérida, en unión del Señor Barbachano que se habia hecho cargo del Gobierno, por un acto de patrio-

tismo de su rival; pero figúrese el lector la situación de un General en jefe, como la del General Llergo, en aquellos momentos en que los bárbaros habian convertido en cenizas á casi toda la península, en que el Gobierno, en medio de su desesperación, había ofrecido su dominio á las Naciones extranjeras, y en que desmoralizadas las tropas, se rebelaban á cada paso contra sus jefes. Sin embargo, permaneciendo casi solo en su despacho, en medio de aquella desolación, dejó que aquel estado de cosas llegara á su término, para formar otro nuevo, y cuando Izamal y Ticul, últimos baluartes de la civilización tambien sucumbieron, entonces hizo un cambio de jefes en el mando de las tropas que se hallaban en campaña, y comprendiendo desde luego, que si estas se replegaban á la Capital, toda esperanza de salvación se perdería, no solo lo prohibió expresamente, sino que ordenó á los nuevos jefes que se habian hecho cargo del mando de la 1ª y 4ª División, que obrando de la manera mas enérgica, emprendieran operaciones sobre el enemigo, avanzando sobre él todo lo posible: "Exista ó no el enemigo en Izamal, decia al Jefe de la 4ª División, proceda U. bajo su mas grave responsabilidad á recuperarla, haciendo saber á sus subordinados en materia de recursos, que cuando hay ardimiento en la sangre y patriotismo en el corazón, el soldado se lo proporciona todo." E indudablemente, que desde luego que sus órdenes fueron cumplidas, aunque á decir verdad, que respecto de Izamal, se anticiparon á ellas los valientes Tenientes coroneles Lázaro Jesus Ruz y Tomas Peniche Gutiérrez, la situación cambió de tal modo, que no hicieron nuestras tropas mas que avanzar sobre el enemigo, á costa de luchas sangrientas y luctuosas, y de horribles padecimientos que no es aquí del caso referir. La Capital

fué convertida por el Gral. en Jefe, en los momentos supremos del peligro, en un campo verdaderamente de guerra. Puestos todos los habitantes sobre las armas, formados se veian en las mañanas y en las tardes en los ángulos de las plazas, recibiendo instrucción de los jefes más entendidos en la materia, entre ellos el inolvidable Coronel don Mariano Quijano, el creador, el fundador de los batallones Ligero y Diez y ocho, que de tanta gloria y honor se cubrieron en la campaña; el mismo que disciplinó y organizó á otras tropas, y por cuyo motivo es pronunciado su nombre con la mayor veneración y respeto. El general Llergo, que tambien concurria á presenciar la ejercicios, alguna vez tomaba parte en ellos, y se le veia evolucionar con el fusil, dando las voces de mando, y ejecutándolas en union de las fuerzas, para que viesen cómo debian ejecutarlas. Soldado cuidadoso, que estaba en todo, habia formado una verdadera Maestranza en la Ciudadela, en donde se encontraban trabajando de día y de noche en la fundición de balas, formación de cartuchos y de paradas, y composición de fusiles, numerosos artilleros, herreros, talabarteros y carpinteros, que conforme iban acondicionando en cajas los pertrechos, eran remitidos á los Jefes que se hallaban en campaña. Con estos se entendia el infatigable General en Jefe, en diaria correspondencia, oficial y particular, tratando de las operaciones que á juicio suyo debian emprenderse, y de las providencias que debian tomarse para conservar la moralidad y la disciplina de los guardias nacionales, y no á uno sino á varios Jefes distinguidos que nos honraron con su amistad, les oimos decir que el General Llergo era un hombre entendido para combinar planes de campaña; que era un soldado que sabia hacerse respetar, y que debido á esto los movi-

mientos militares se verificaban con el mejor éxito. Cuando era necesaria su presencia, con motivo de algun hecho de trascendencia, allí estaba él, demostrando á sus subordinados que no era un General que solo mandaba desde el lugar de su despacho. Admirable era la energía y el valor que desplegaba en los casos de sublevación de las tropas, presentándose él mismo á castigar el desórden, como lo hizo cuando una sublevación del batallón Diez y seis de Campeche, á donde se dirigió á caballo con la mayor velocidad, acompañado de una escolta de caballería, y á donde llegó, desfigurado con el lodo del tránsito, porque era en la estación más deshecha de las lluvias; pero en donde consiguió su objeto de imponer el respeto á la fuerza insubordinada, á cuyos sargentos y oficiales culpables castigó de una manera severa.

Después de este acontecimiento, y cuando los Coroneles Cetina, Méndez, Molas y Pasos, habían verificado avances gloriosos, creyó llegada la hora de emprender grandes operaciones, y para llevarlas á su debido efecto, hizo marchar á la cuarta división y á otras tropas á Yaxcabá, cuyo punto había caido despues de los más recios combates en manos del enemigo, y despues de destruido éste, se dirigió á la plaza de Tekax, asediada por los valientes caudillos de los sublevados, Marcelo Pat y José M. Barrera, quienes habiendo formado una línea de fortificaciones desde la parte sur de la ciudad, dando principio en la cordillera, hasta el pueblo de Tixcuytun, daban lugar á diarios combates en que fueron necesarias muchas muertes para poder desalojarlos. El General Llergo, en los días que estuvo en la población se hizo cargo de dirigir las operaciones, y constan en el Boletín Oficial de 1848, los partes oficiales que dirigió al Gobierno, comunicándole los encuentros sangrientos que se verificaban en to-

da la línea enemiga, principalmente en el pueblo de Ticum y hacienda Santa María, en cuyos puntos no había un solo palmo de terreno que no cubrieran las trincheras de los indomables guerreros indígenas. En este estado las cosas, deseando el mismo General Llergo, ponerse de acuerdo con el Jefe de la sexta división, que arrojado del pueblo de Xul por numerosas huestes enemigas que lo habían citiado, se había replegado al pueblo de Oxkutzcab, se dirigió á este punto, y cuando llegaba al pequeño pueblo de Akil, que es la mediania del camino, un fuego vivo se escuchaba con dirección á ambos campamentos de Tekax y de Oxkutzcab; pero sin embargo, de que solo lo acompañaba una escolta de caballería voluntaria compuesta, de valientes jóvenes meridanos, en cuya honra y gloria sea dicho esto, continuó sereno hasta su destino, á donde llegó cuando todavía las guerrillas perseguían al enemigo, despues de un reñido combate que habían tenido con él en la plaza. En aquellos mismos momentos sucedía lo mismo en Tekax. ¡Qué tiempos aquellos! ¡Tiempos de guerra y de desolación; pero tiempos también de patriótico entusiasmo, en que era de verse el valor y la resignación de nuestros hombres de armas! ¡Qué espectáculo el de las poblaciones restauradas convertidas en campamentos! No podemos menos que recordar con este motivo, el que entonces presentaba Oxkutzcab, tal como nos lo explicaban testigos presenciales. Las extensas arquerías que se levantan al frente de sus edificios públicos, la iglesia, el antiguo convento de frailes, y algunas casas particulares, estaban llenas de tropas. Llenas estaban tambien sus dos hermosas plazas, de arrieros, carros, calesas de viaje y otros vehículos que servian á centenares de familias emigradas procedentes de Mérida y Campeche, y que volvían á sus hogares destruidos, prefiriendo la vida

de los campamentos y de los peligros, á la que llevaban en lugares extraños como tales emigrados. Veiánse trincheras recien destruidas, y también recien levantadas; veianse oficiales á caballo, heridos que eran conducidos á la Capital; y en fin, todo lo que significaba el movimiento y el espectáculo de la guerra. Y como gracias á Dios, hay gentes para todo en el mundo, los oficiales dieron un baile á su General en jefe; pero éste que no abandonaba un solo momento sus instintos, más bien se ocupó de visitar los puestos y de retirar á sus cuarteles á los grupos de soldados que encontraba en las calles y en las plazas.

El resultado de todo fué que despues de haber situado de una manera estratégica á las fuerzas restauradoras, en determinados puntos, pocos días despues las hizo marchar victoriosas á la villa de Peto, en donde se reunieron en número de cinco mil hombres á las órdenes del Coronel D. José Eulogio Rosado. La campaña siguió de una manera sangrienta, y trabajosa: la restauración fué llevada hasta los lugares más remotos, habiendo llegado á diez y seis mil hombres el número de fuerzas que se encontraban á las órdenes del ilustre personaje de que hemos venido ocupándonos, hasta que por la energía con que se oponía á los abusos, fué tramada en contra suya una conspiración para destituirlo del mando, en la cual aunque no llegó á estallar, estaban comprometidos varios jefes que se encontraban en el cuartel de Peto, y aun el mismo Coronel Rosado, según el proceso que mandó á formar en averiguación de los hechos, y que siguió como fiscal el Tenientecoronel D. Primo Feliciano Pérez. Esto hirió su corazón de una manera profunda, y elevó por tercera vez su renuncia al Ministerio de la guerra, habiendo venido á sustituirlo el General D. Manuel Micheltorena, Cuartel Maestre del ejército que marchó á la Angos-

tura; pero tanto éste como su sucesor el General D. Rómulo Díaz de la Vega, reconocieron en el General Llergo, á un soldado de instrucción, de honradez, y de un conocimiento profundo de los Jefes y de la G. N. del Estado, y le dieron el lugar que le correspondía, oyéndolo en todo lo concerniente al ramo de guerra. En 1853, cuando fué invadida la Capital por las tropas pronunciadas del Oriente, al mando del Coronel D. Manuel Cepeda Peraza, sin embargo de que en el acta levantada se le proclamaba por sus conocimientos para volver á encargarse del mando de las armas, lució ante numerosos Jefes del ejército, y del mismo Comandante general, su serenidad y su inteligencia en la defensa de la plaza, y fué en concepto de todos el que salvó la situacion. Estuvo en todos los lugares de mayor peligro, entonces fué cuando se vió la segura confianza que tenía en las tropas disciplinadas, y el desprecio que le merecían las que no lo eran. ¡Silencio Señor! ¿qué tienen ustedes que temer de esas turbas?: ¡mantequeros! he aqui las frases que dirigió á una columna de ataque cuando vió en ella cierta sensación extraña, en los momentos en que el enemigo marchaba á paso veloz y con las armas suspendidas al asalto de las piezas de artillería. Pero lo que más nombre le dió fué la serenidad con que se portó, cuando las fuerzas orientales apoderándose por un momento de la plaza, se dispersaron en toda ella; uno de sus oficiales tomó del brazo al General Vega, y todo se volvió la mayor confusión. Entonces fué cuando se escucharon de su boca estas memorables palabras que no ha podido olvidar la tradición. ¡Esa caballería dijó: que avance hasta una cuadra á retaguardia, y volteando riendas, caiga sobre toda esta canalla. Asi lo hizo la caballería, y en un momento fué restablecido el orden, quedando regado de cadáveres, desde

lo que es hoy el Parque Hidalgo, hasta toda la plaza principal. Todavía siguió el General Vega, utilizando sus servicios como segundo cabo de la Comandancia general, y creyendo necesaria su presencia en la ciudad de Valladolid, allí estuvo algun tiempo despues de la revolución, hasta que desapareció todo temor de un nuevo movimiento contra el Gobierno.

Tales fueron los hechos de la vida militar del General D. Sebastian López de Llergo y Calderón, cuyo personaje falleció en Enero del año de 1855, á los sesenta y cinco años de edad. El General D. José Cadenas de Llano, entonces Gobernador y Comandante general, le tributó los honores correspondientes, haciendo que las tropas de la guarnición, á las órdenes del Coronel, graduado General, D. Juan Abella, marcharan á sus funerales, y acompañaran el cadáver hasta el Cementerio, última morada del hombre. Yucatecos imitad sus buenas cualidades.

University of California
SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
305 De Neve Drive - Parking Lot 17 • Box 951388
LOS ANGELES, CALIFORNIA 90095-1388
Return this material to the library from which it was borrowed.

JAN 15 2002

REC'D YRL JUN 1 2 2004

Form

UNIVERSITY OF CALIFORNIA
LOS ANGELES

LITHOMOUNT
PAMPHLET BINDER
Manufactured by

A 000 723 903 1

U55
L8E2

Univ
So
L